

“ANTROPOLOGÍA SOCIAL”: UNA CATEGORÍA NATIVA DE LA DIÁSPORA ANTROPOLÓGICA ARGENTINA¹

ROSANA GUBER

Universidad General San Martín, Argentina

Pese a su definición transnacional la antropología argentina es, como todo constructo cultural, un producto histórico y social. En estas páginas intentaré reflexionar sobre qué significa para los antropólogos argentinos, “ser antropólogo”, no porque se trate de una peculiaridad inexpugnable sino porque permite echar luz sobre los procesos que han contribuido a definir a un sector académico y profesional de las humanidades y las ciencias sociales definido mundialmente como experto en la diversidad cultural. Junto a otras, esta aproximación permite entender la gestación de producciones académicas muy diversas sin caer en ponderaciones normativas. Que, por ejemplo, las antropologías euro-orientales difieran tanto de las euro-occidentales, y que las antropologías latinoamericanas presenten perfiles tan distintos revela, más que diferentes niveles de perfección o “evolución”, articulaciones peculiares de las antropologías con el mundo académico, la sociedad civil, el estado y la definición de la entidad nacional que las promueve, y también con las antropologías de otros países.

-
1. Versiones previas de este artículo fueron presentadas en el “Foro sobre institucionalización de la Antropología en las arenas internacionales”, organizado por Judith Freidenberg y June Nash (American Anthropological Association, Washington DC. 28 de noviembre – 2 de diciembre, 2001), y en el Forum “Antropologías del Mercosur”, en 23ª RBA, junio 2002, Gramado, RS, Brasil. Agradezco los comentarios de Sergio Visacovsky, Santiago Alvarez, Eduardo Archetti, Leopoldo Bartolomé, Mauricio Boivin, Claudia Briones, Marita Carozzi, Leonardo Fígoli, Alejandro Frigerio y Ana Rosato.

“ANTROPOLOGÍA SOCIAL”

Para realizar estas reflexiones he decidido concentrarme en la “antropología social”, una “categoría nativa” o, al decir de Marisa Peirano, un “residuo no explicado” que, como el Kula melanesio, refiere a prácticas y nociones con un plus de significación intraducible en otros mundos antropológicos. Desde el surgimiento de esta categoría será posible examinar tanto la dilemática constitución de un campo disciplinar en tensión con las definiciones sobre la Argentina como entidad política y social, como el posicionamiento de la antropología en las ciencias sociales y las humanidades en este país. En este proceso tuvieron participación antropólogos argentinos y extranjeros residentes en la Argentina y en el exterior, con distintas articulaciones según la época y el contexto.

En la Argentina los antropólogos solemos definirnos o bien como “antropólogos sociales” o bien como “lo demás”. Esta pertenencia basada en la disyuntiva, puede rastrearse en el devenir propio del campo antropológico argentino y en las concepciones que sus cultores han elaborado de ese devenir. Hasta mediados de los años '50 la definición oficial y universitaria de las “ciencias antropológicas” comprendía principalmente tres especialidades – la Arqueología Prehistórica, la Etnología y el Folklore – y a veces una cuarta, la Antropología o Antropología Física; no incluía, empero, a la Antropología Social o Cultural. La institucionalización de la antropología como una carrera de grado llegó a Buenos Aires, el centro político y económico argentino, de la mano de investigadores y profesores que practicaban la antropología desde una óptica centro-europea. Para algunos argentinos y unos cuantos italianos, alemanes y austríacos que llegaron a la Argentina alrededor de las dos guerras mundiales, las ciencias antropológicas constituían una disciplina orientada al pasado, la Etnología era el estudio teórico comparado de los pueblos primitivos extraños a Occidente, y la Etnografía una rama con escasas pretensiones teóricas, consistente en largos reportes de costumbres y creencias de estas poblaciones, que desaparecerían tarde o temprano ante el avance de la civilización. Esta orientación era afín a la de la Arqueología Prehistórica, su antecesora la “Americanística”, y el Folklore entendido como el estudio de las “supervivencias hispano-indígenas” en el contexto moderno (Fígoli, 1990).

Estas definiciones no eran ciertamente privativas del contexto argentino, pues ya circulaban en Europa y Latinoamérica desde fines del siglo XIX hasta principios del XX. Pero en la Argentina gozaron de una

inusitada longevidad más vinculada con el lugar de la antropología en la política académica que con debates intra-disciplinares.²

La antropología con proyección al presente comenzó a vislumbrarse a mediados de los años 1960, en interlocución simultánea con dos campos: el antropológico oficial y el sociológico. Sus portavoces presentaban distintas trayectorias. Algunos, como Blas Alberti, Santiago Bilbao, Alejandro Isla, Mirta Lischetti, Eduardo Menéndez, Hugo Ratier, Guillermo Ruben,³ habían comenzado sus *licenciaturas* o estudios de grado en Antropología en la Universidad de La Plata en 1957, y en la Universidad de Buenos Aires en 1958. Otros habían cursado la especialización en Antropología de la Escuela de Historia en la Universidad Nacional del Litoral, en Rosario, desde 1959 (p.e., Irma Antognazzi, Edgardo Garbulsky, Beatriz Núñez Regueiro). Y otros eran graduados argentinos y extranjeros con estudios de grado en historia, filosofía, letras, sociología y también en antropología, que hicieron sus postgrados en escuelas de antropología social y cultural del oeste europeo y los EE.UU. y realizaron sus tesis doctorales en América Latina, principalmente en la Argentina: de L'Ecole des Hautes Etudes llegaron Eduardo P. Archetti, Guillermo R. Ruben, Héctor J. Vázquez; de Oxford Francis Korn, Julie M. Taylor y Hebe M.C. Vessuri; de Oslo Kristi-Anne Stolen y Marit Melhuus, de Chicago Esther Hermitte, de Wisconsin Arnold Strickon y Leopoldo J. Bartolomé.

Pese a su diversidad, estos jóvenes que en su mayoría rondaban los treinta años, compartían una premisa que los diferenciaba de las orientaciones dominantes en la enseñanza y la investigación antropológicas. Hasta los años '60 la antropología argentina tendió a confirmar la imagen oficial instaurada constitucionalmente en 1853, de un país de inmigración blanca,

2. La designación "antropología social" o siquiera "cultural" fue tan reprobada por la academia oficial argentina como por las academias oficiales de Polonia, Rumania, Eslovenia y la URSS bajo el régimen socialista, aunque por distintas razones. En ambos casos, el agregado de "social" o "cultural" se asociaba a las escuelas euro-occidentales y norteamericanas, y por lo tanto, al liberalismo y al imperialismo. Sin embargo, en la Argentina – salvo un breve período marcado por la administración peronista (Lazzari, 2002; Schneider, 1996) – la antropología no serviría para consolidar el espíritu nacional y valorizar al pueblo nativo, como ocurrió en aquellos países (Vermeulen e Alvarez Roldán, 1995), sino para dar cuenta de un pasado superado o, en todo caso, en vías de superación.

3. No es esta una lista exhaustiva de todos los académicos de relieve en el campo antropológico argentino, sino solo una ilustración del muy variado y heterogéneo desarrollo de esta disciplina dentro y fuera del país.

“ANTROPOLOGÍA SOCIAL”

distante y despectiva de su pasado primitivo y tradicional al que se proponía superar. Las poblaciones aborígenes y las comunidades mestizas o folk, sujetos privilegiados de la Etnología y del Folklore, eran concebidos como Otros de escasa relevancia para el presente nacional (Fígoli, 1990, 1995). A diferencia de Brasil y Méjico, la antropología no era una cuestión de estado; después que las tropas federales avanzaron sobre las últimas tierras indígenas (1879 en Patagonia, 1910 en Chaco), el estudio de los aborígenes se convirtió en un campo exótico con poca aplicación a las cuestiones actuales.⁴ Incluso en los 1930 las pocas sugerencias de antropólogos para la creación de reservas fueron desoídas aún por sus colegas (Bilbao, 2002).

Las nuevas generaciones desafiaron este estado del arte más desde su práctica que desde su denominación, pero al principio ese desafío no entrañaba un antagonismo absoluto. El prehistoriador y luego etnólogo Marcelo Bórmida, aludido alguna vez como el “zar de la antropología argentina” (Bartolomé, 1980), oficiaba como el líder carismático de unos cuantos jóvenes que se convertirían, con el tiempo, en voceros combativos de la comprometida antropología social argentina. Además, esos mismos jóvenes serían los primeros graduados de Ciencias Antropológicas de Buenos Aires y concursarían por cargos de ayudantes y jefes de trabajos prácticos en las cátedras de sus profesores que en ningún caso se auto-definían como “antropólogos sociales” o “culturales”. Ello no impidió, sin embargo, que para 1965 el Departamento de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires previera la creación de una “cuarta orientación”: la Antropología Cultural.

En verdad, la Antropología Cultural no era una desconocida ni para los estudiantes de antropología ni para los de sociología y psicología porque

4. Caben aquí dos aclaraciones. En primer lugar, este panorama se modificó temporariamente durante la década peronista (1945-1955). El Instituto Etnico Nacional fue un centro académico aplicado para planificar la migración. Antropólogos físicos y etnólogos, biólogos y psiquiatras, debían determinar qué grupos étnicos europeos eran más adecuados para la creación de una raza y un pueblo argentinos. Tras la caída de Perón, el Instituto se cerró y la asimilación entre cultura y raza perdió apoyo oficial (Villalón, 1999; Lazzari, 2002). En segundo lugar, no eran los etnólogos sino algunos funcionarios del Estado Federal, quienes se interesaban por los indígenas como una población pasible de ser incorporada al presente y futuro argentinos. Brunati, Colángelo y Soprano (2002) muestran que mientras los inspectores nacionales de trabajo Juan Bialek Massé y José Elías Níklison iban a las tolдерías Wichí y Qom (Mataco y Toba) para conocer sus modos de vida y de trabajo, los etnólogos Roberto Lehmann-Nitsche y Samuel Lafone Quevedo iban a los ingenios en que se empleaban los indígenas como peones temporarios, para interrogarlos acerca de su mitología.

ya se impartía en la carrera de sociología de Buenos Aires que dirigía Gino Germani. Además, algunas voces locales ligadas al folklore y a una vertiente minoritaria de la etnología, como *Ciro R. Lafón* y *Enrique Palavecino* integrantes del primer staff de la carrera porteña – venían sosteniendo que las culturas tradicionales aborígenes y criollas eran evidencias de “condiciones sociales de pobreza, aislamiento, desintegración y olvido” (*Lafón* en *Visacovsky*, 2002; *Bilbao*, 2002; *Visacovsky et al*, 1997), y no resquicios del pasado. Esto significa que hasta 1966, al menos, en La Plata y Buenos Aires “antropología social” y “antropología cultural” no eran un taboo para el establishment. Y eso pese a que los etnólogos, arqueólogos y folklorólogos de la carrera contaban con todos los recursos dispuestos por la universidad pública y el sistema nacional de investigación. Esto es: ser un “establecido” implicaba detentar cargos de investigación y docencia en las (muy pocas) cátedras y carreras impartidas en las universidades públicas (la antropología no se enseñaba ni se enseña en universidades privadas), recibir subsidios del sistema universitario y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), dirigir y publicar en las revistas editadas por los departamentos de antropología y los institutos de investigación.⁵

En rigor, el primer punto de inflexión no vino de la academia misma, sino como la reacción universitaria a la llamada “Revolución Argentina” (junio 1966 – junio 1969) cuando en julio de 1966 la Policía Militar intervino violentamente las universidades nacionales. En repudio un gran número de profesores interinos y titulares, entre los cuales se contaban prácticamente todos los que ocupaban cargos subalternos, presentó su renuncia. Esta reacción, sin embargo, no impidió que los recién graduados comenzaron a trabajar como antropólogos en otros organismos del estado. Lo mismo ocurrió con aquéllos otros que regresaban para fines de los 1960 para hacer sus trabajos de campo doctorales. El Estado ofrecía un campo profesional en modo alguno refractario a la antropología como una disciplina interesada en

5. Esta situación es muy parecida a la descrita en contextos socialista euro-orientales (*Verdery*, 1991), lo cual abre una interesante línea de indagación acerca de la dependencia de la antropología con el Estado, más allá del sentido estricto del régimen político. Por otra parte, esta situación, aún hoy vigente, data de la instauración misma de los departamentos, museos e institutos de investigación en antropología, esto es, data de comienzos del siglo XX, en que un profesor abandonaba su cargo por jubilación o fallecimiento, y eventualmente por emigración (*Bilbao*, 2002).

las cuestiones actuales. Así, mientras las carreras de antropología de las universidades centrales consolidaban sus viejos planteles y orientaciones, los recién llegados (al país y a la disciplina) se asentaban en universidades periféricas del nordeste y del noroeste argentinos, en institutos no oficiales como el prestigioso Instituto Di Tella de Buenos Aires, y en dependencias del estado como el Instituto de Tecnología Agropecuaria, o se convertían en consultores del Consejo Federal de Inversiones. Fue desde esta ubicación académicamente marginal al centro antropológico consolidado por un orden político ahora ilegítimo y brutal, cuando comenzó a fermentar el epíteto de “antropología social”, que ya podía encontrarse en una orientación creada en la Universidad Nacional de Rosario en 1969. Sin embargo, haría falta mucho más para que esta denominación asumiera los contornos de una disciplina anti-*status quo*, anti-estatal y, sobre todo, anti-oficialista de la academia antropológica.

En esta primera etapa, y como ya lo adelanté, la condición periférica de estos antropólogos fue paralela a la construcción de otros interlocutores, no sólo los de la antropología establecida; los antropólogos sociales discutían con la poderosa y prolífica escuela de sociología de la Universidad de Buenos Aires, su héroe cultural Gino Germani, y el paradigma de la modernización que Germani y la CEPAL venían desarrollando desde los años 1950. Junto a los sociólogos dependencistas, los antropólogos sociales se sumaban a los debates munidos de una formación teórica en el estudio del campesinado y del trabajo de campo intensivo y prolongado, que aplicaban a la tensión típicamente argentina entre el centro político y económico, el área pampeana y la metrópoli porteña, y las pobres provincias del interior.

Este posicionamiento institucional y teórico de diferenciación con especial referencia a la sociología de la modernización, e implícitamente a la antropología establecida, tuvo al menos dos efectos. Primero, y con muy pocas excepciones, los antropólogos sociales publicaban artículos en revistas de ciencias sociales (i.e., *Revista Latinoamericana de Sociología*, *Desarrollo Económico*, *Revista Paraguaya de Sociología*, *América Latina*), más que en las antropológicas (*Runa*, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, y *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*).⁶

6. Un intento excepcional de dar lugar a los nuevos debates de la antropología fue *Etnía*, la revista publicada por el arqueólogo Guillermo Madrazo del Museo Dámaso Arce de la ciudad bonaerense de Olavarría.

El segundo efecto se evidenció en la forma en que los antropólogos sociales definieron sus objetos de investigación. Los debates se desarrollaban a lo largo de las líneas de la sociología crítica, en confluencia con ciertos desarrollos antropológicos estructuralistas y marxistas. Así, las poblaciones aborígenes y mestizas no eran tan sólo “supervivencias” de la Argentina pre-moderna, sino fundamentalmente ciudadanos excluidos y subalternos en una nación dividida entre un centro desarrollado, industrial y pujante – Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe – y el subdesarrollado interior. Esta perspectiva también incluía a los inmigrantes europeos, abocados al monocultivo como colonos o *farmers*, entendidos más que como grupos culturales o étnicos, como sectores sociales incriptos en determinadas relaciones de producción y distribución. Por ejemplo, el trabajo de Hermitte sobre las tejedoras (“teleras”) de ponchos y mantas en la provincia de Catamarca, en 1966/1968, se centraba no en los patrones tradicionales del tejido, sino en las relaciones patrono-clientelares entre tejedoras pobres y tejedoras ricas (Hermitte, 1972, Hermitte y Herrán, 1970). De modo similar, el trabajo de Vessuri en Santiago del Estero, una provincia hasta entonces emblemática del folklore argentino, analizó el sistema de creencias rurales para mostrar la recurrencia de las relaciones de patronazgo en todo el sistema social y cultural santiagueño (Vessuri, 1971). En el nordeste los antropólogos sociales trabajaron sobre la clase media blanca y rural, los colonos de ascendencia centro-europea, devenidos en productores de algodón, tabaco y yerba mate (Archetti y Stölen, 1975, Melhuus, 1987, Bartolomé, 1991), por un lado, y sobre los aborígenes del Chaco residentes en contextos rurales y urbanos, por el otro (Hermitte, Carrera e Isla, 1996). La etnicidad y la cultura eran atendidos desde el ángulo de las relaciones de producción y distribución, no como partes de un horizonte mítico, como pensaban los etnólogos bajo la influencia de Marcelo Bórmida. Los indígenas integraban una sociedad nacional desigual y dividida, y vivían en las periferias rurales y urbanas, no en comunidades aisladas.

En suma, la orientación antropológico-social caracterizaba a la gran brecha argentina no como un fenómeno cultural, como solían hacer los marginalistas, sino como el resultado de un desarrollo desigual de las fuerzas productivas y de la explotación de clase y regional.

Esta perspectiva se articuló a otro rasgo de los cada vez más turbulentos 1960 y 1970: la mayor parte de estos antropólogos sociales se concebía como científicos sociales comprometidos trabajando sobre y para el presente; no

“ANTROPOLOGÍA SOCIAL”

eran filósofos ni cronistas de una era perdida, sino militantes decididos a forjar una nación justa e igualitaria en medio de una dictadura militar (1966-1973) y la proscripción del peronismo (1955-1972). Pese a ello, los puestos donde decidían desempeñarse eran estatales, tanto los cargos de investigación y docencia universitaria, como los organismos de planificación, capacitación y desarrollo. Por ejemplo, Bilbao ingresó al INTA, se asentó primero en Santiago del Estero y el Chaco, para luego asistir en la formación de cooperativas cañeras autogestionadas por proletarios rurales, en la provincia norteña de Tucumán (Campo de Herrera), el mismo sitio donde una fuerza guerrillera trotskista (el Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP) pugnaba por lanzar la revolución socialista (Vessuri y Bilbao, 1976; Vessuri, 1971, 2002; Visacovsky, 2002). En Buenos Aires, Hugo Ratier trabajó junto a otros jóvenes licenciados en trabajo social, sociólogos y psicólogos del Departamento de Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en una vieja villa miseria del sur del Gran Buenos Aires, la Isla Maciel (Ratier, 1971a, b; Guber e Vissacovsky, 1998).

Organizaciones de sectores medios rurales conocidas como “Ligas Agrarias”, en las provincias del nordeste (Archetti, 1988; Bartolomé, 1991; Melhuus, 1987), el Movimiento Villero Peronista en Buenos Aires (Ratier, 1971b), y los trabajadores de la caña de azúcar tucumanos afiliados al combativo gremio de la FOTIA (Bilbao), eran no sólo los sujetos de estudio de estos antropólogos, sino ya y sobradamente activísimos protagonistas de un proceso de generalizada politización que se esgrimía en clave social y partidaria, no en clave racio-étnica o religiosa.

El término “antropología social” cobró estado institucional desde la apertura democrática de 1973, cuando se agregaron a la ya existente orientación rosarina tres licenciaturas específicas en “antropología social” en universidades provinciales (Mar del Plata, Salta, Misiones) y las especialidades homónimas en las carreras establecidas (Buenos Aires, La Plata y Rosario) (Gurevich y Smolensky, 1988). Durante la efervescencia que permeó el mundo universitario (1972-1974), la antropología social se erigió en el nombre del compromiso directo e inmediato con la causa de los humildes, los trabajadores y los marginados, que volvían o volverían al poder junto a su líder histórico Perón, o con las vanguardias revolucionarias. Aunque las orientaciones implícitas en el rótulo Antropología Social eran bastante diversas, la Nación ocupaba un sitio casi indisputable de autoridad y

legitimidad; todas las cuestiones y los dilemas argentinos eran de incumbencia antropológica, y aunque eventualmente estuvieran permeados por perspectivas teóricas más parecidas a las doctrinas políticas en boga que a la crítica teórica de las escuelas internacionales y nacionales, entre 1973 y mediados de 1974 cuando se produjo una nueva intervención universitaria, la Antropología Social prometía romper con los viejos moldes e innovarse por completo. Este movimiento que algunos antropólogos, incluyendo a ciertos antropólogos sociales, cuestionaban por su excesiva polución política, mientras que otros consideraban como la oportunidad histórica de redención del pueblo argentino y, con él, del pasado colonialista de la antropología, se interrumpió abruptamente, perjudicando a representantes de casi todos los predicamentos y las subdisciplinas antropológicas, no sólo de la antropología social.

En el marco de la creciente virulencia política, la asociación entre compromiso, trabajo de campo prolongado e investigación sobre trabajadores urbanos y rurales, no podía sino ser una bomba de tiempo que culminaría en tragedia. Poco antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976 de la sangrienta dictadura conocida como *Proceso de Reorganización Nacional*, la mayoría de los antropólogos sociales había abandonado el país y/o los departamentos universitarios, ante el terror lanzado por el gobierno peronista de María Estela Martínez, viuda de Perón (1974-1975). Junto a prestigiosos sociólogos, historiadores, geógrafos y filósofos, la mayoría de los antropólogos sociales se llamó al exilio externo, principalmente en México y Brasil, pero también en Venezuela y Ecuador, España, Francia y los EE.UU. Algunos de estos países contaban con sólidas tradiciones antropológicas muy distintas de la argentina. Los pocos que permanecieron en el país mientras tanto se insertaron en instituciones de ciencias sociales para dictar sus cursos sobre temáticas vedadas en la Universidad, o cambiaron de especialidad.

Desde 1975 hasta 1983 la antropología social estuvo ausente de los programas universitarios y del debate académico. Identificados con la "subversión política" y los consabidos riesgos, los antropólogos sociales no tenían acceso ni a cargos de investigadores y docentes, ni a subsidios ni a espacios de publicación en revistas especializadas. Una vez más, la antropología argentina se convirtió en la tierra exclusiva de las líneas oficiales en etnología, folklore y arqueología.

Sólo en la Universidad Nacional de Misiones, y bajo la dirección de Bartolomé, la antropología social se siguió enseñando desde 1974, año de su creación, y aún después de 1976, al amparo de la consultoría que sus

profesores ejercían como “antropólogos sociales” para el Banco Mundial, el gobierno provincial y una oficina burocrática internacional. El *Ente Binacional argentino-paraguayo Yacyretá* debería relocalizar a 40.000 argentinos y paraguayos de los márgenes del Río Paraná, que serían inundados al levantarse la gigantesca represa Yacyretá, unos kilómetros río abajo, cerca de la localidad correntina de Ituzaingó. Pero salvo en este caso, y a diferencia de las academias mexicana y brasileña donde el Estado más que intervenir en los cuerpos de profesores y los currícula se valía de ellos, el Estado argentino erradicó a la antropología de sus intereses presentes, valiéndose en todos los casos de la colaboración de los antropólogos del establishment. A tono con la política general de redisciplinamiento social y de refundación política, basada en el terror y la extinción generacional, esa erradicación tuvo importantes consecuencias tanto para el desarrollo de la disciplina antropológica como para la constitución reflexiva de los antropólogos sobre su comunidad.

La consecuencia más evidente fue la interrupción de la continuidad institucional de escuelas y de los canales de transmisión entre los antropólogos sociales y sus estudiantes. Excepto por las pequeñas instituciones que actuaron como refugio para los exiliados locales o internos, llamadas “universidades de las catacumbas” (*Instituto de Desarrollo Económico y Social* [IDES] con Hermitte, la *Asociación Iberoamericana de Estudios Antropológicos y Sociales* [AIDEAS], conducida por Guillermo E. Magrassi, los grupos de estudio de Blas Alberti y, posteriormente, la *Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales* [FLACSO Programa Buenos Aires]), los antropólogos sociales argentinos no pudieron constituirse en una comunidad de producción y debate académicos; sólo pudieron resistir el olvido manteniendo y restaurando sus delgadas y golpeadas redes interpersonales e intergeneracionales, aunque previniéndose de posibles disruptores externos – entiéndase “servicios de inteligencia” e “informantes” en el estricto sentido del término – ejerciendo cierto sectarismo. Se sobrevivía en pequeños grupos basados en lazos personales, preferencias teóricas y, a veces, en viejas lealtades académicas y políticas. Estas lealtades no necesariamente implicaban las relaciones profesor-discípulo, más habituales en la arqueología y la etnología.⁷ Para 1976, la

7. Cabe advertir que muchos arqueólogos, folklorólogos, etnólogos y antropólogos físicos fueron expulsados de sus puestos de investigación y docencia, o persuadidos de presentar sus renuncias, por diferir con las corrientes teóricas dominantes o simplemente con el jefe de turno. Algunos de ellos sufrieron prisión y exilio. Tales fueron, entre otros, los casos de los arqueólogos Alberto

estructura de la antropología social argentina era como mínimo endeble; los profesores sólo podían acceder a estudiantes recomendados y advertidos de la existencia de “otra antropología”, pero aún en estos casos la oferta de subsidios, participación en equipos de investigación y cargos docentes, no estaba garantizada. La persecución política ejercida por un vasto terrorismo estatal fue su principal razón. Pero había otras. En su corta vida de menos de una década (fines de los 1960 – mediados de los 1970), la antropología social no llegó a conformar una organización suficiente para impulsar y consolidar una corriente dentro de la Antropología y, pese al redireccionamiento de interlocutores, tampoco dentro de las Ciencias Sociales. La ubicación periférica de los primeros antropólogos sociales no ayudó en este sentido. Sólo las escuelas de antropología en las masivas universidades centrales – Buenos Aires y La Plata – sobrevivieron al cierre de carreras que sí alcanzó a los departamentos de Rosario, Mar del Plata y Salta.

Nuevamente la excepción fue Misiones, en que la licenciatura en Antropología Social siguió su camino, recibiendo además sucesivas oleadas de exiliados internos. Ello se debió, probablemente, a que la disciplina era visualizada (y comunicada al poder oficial por ese núcleo de antropólogos) como “comprometida”, sí, pero con la defensa de la soberanía nacional en una zona que para las FF.AA. entrañaba varias hipótesis de conflicto. Así, y si bien las negociaciones con delegados nacionales en el gobierno militar de la provincia no siempre culminaban a favor de los antropólogos, la antropología social misionera creció al amparo de una disciplina con imagen de ingeniería social.

Con los antropólogos sociales exiliados dentro y fuera de la Argentina, la disciplina en el país apenas pudo desarrollar una base institucional, un cuerpo de ideas y perspectivas teóricas para el debate, fundadas en las tradiciones nacionales e internacionales.⁸

Rex González, Osvaldo Heredia, José Pérez Gollán, Myriam Tarragó, Pedro Krapovickas, el etnólogo Edgardo Cordeu, la folkloróloga Martha Blache, y el antropólogo biólogo Raúl Carnese. La mayoría tenía un fluído diálogo con los antropólogos sociales; algunos, como González, habían contribuido a instalar a mediados de los 1960, a algunos antropólogos sociales en la academia central, aunque sin mucho éxito. Y el etnólogo estadounidense Elmer Miller, especialista en el Pentecostalismo Toba y él mismo menonita, participaba del grupo de CLACSO sobre “Articulación Social” coordinado por Hermitte (Hermitte y Bartolomé, 1977).

8. Así lo reconocen los antropólogos sociales cuando hablan de su pasado disciplinar (Visacovsky et. al, 1997).

“ANTROPOLOGÍA SOCIAL”

Sólo unos pocos exiliados externos regresaron a la Argentina desde que las Fuerzas Armadas dejaron el gobierno en diciembre de 1983. Pero ellos pertenecían a la segunda línea de los años 1960-1970. Los más experimentados y formados, de la primera línea de aquellos años, volvieron sólo por breves períodos a enseñar, asesorar y hacer trabajo de campo. Y aún cuando siguieran haciendo investigación sobre la Argentina, sus temas y perspectivas teóricas habían cambiado, como había cambiado la Argentina. Por ejemplo, Archetti pasó de los colonos algodoneros del norte de Santa Fe, a nociones de masculinidad en el tango, el football y el polo, y Vessuri fue de las relaciones de patronazgo y clientelismo del medio rural, a las comunidades científicas y la fuga de cerebros. El exilio de los primeros antropólogos sociales que tuvo la Argentina resultó en una marcada discontinuidad con lo que, bajo otras condiciones, podría haber provisto una sólida tradición para pronunciarse sobre los problemas nacionales. Por consiguiente, los antropólogos sociales mayores se vieron separados tanto de los jóvenes antropólogos y estudiantes en la Argentina, como de un amplio lectorado para sus trabajos: buena parte de sus nuevas publicaciones estaba en inglés y en francés, y no fue traducida.⁹ La cadena de transmisión se había roto y no sólo por esta razón.

La antropología social volvió a las universidades nacionales de Buenos Aires, La Plata, Olavarría, Rosario, Salta y Jujuy, en 1984. Para entonces “antropología social” había tomado una definida connotación política que entrañaba, ahora sí y a diferencia de los 1960-1970, una oposición tajante a la antropología oficial – arqueología, folklore y etnología – entendida como “la antropología del Proceso”. Desde 1983 esa antropología oficial cargó sobre sí la acusación de colaboracionista, que se vertía no sólo sobre quienes habían sido profesores titulares en aquellos siete años, sino también sobre sus alumnos y ex-alumnos. La antropología social se convirtió, en este rampante antagonismo académico, en un símbolo eminentemente político, más que teórico y disciplinario. Ser un “antropólogo social” en la Argentina quería decir, antes que nada, haber sido objeto de represión, exclusión, exilio y desaparición.

9. Las revistas argentinas, como buena parte de las latinoamericanas, fueron y aún son bastante episódicas, esto es, de salida irregular. Esta falta de continuidad no sólo obedece a razones financieras, sino también a la falta de institucionalización, entendiéndose por ello división del trabajo, profesionalización de su personal, y diferenciación entre la revista y los lazos políticos y personales de sus editores.

Ahora bien: en este regreso la antropología social de los 1980 ya no era la misma que la erradicada en 1975-1976. Dado que la mayoría de los “hermanos mayores” no fue repatriada, y que la antropología existente se identificaba como Procesista, los antropólogos sociales más jóvenes intentaron recuperar la producción de los compatriotas exiliados, pero esta opción era sumamente trabajosa: el email no era tan popular, había que asegurar los puestos y cargos en un inmenso sistema universitario recientemente democratizado, y en este transcurso, el contacto de hecho se ejercía con las ciencias sociales, principalmente la sociología y las ciencias políticas, conducidas por prestigiosos exiliados que sí volvieron de México, Francia, España, Venezuela y Brasil, y que encabezaban nuevos cursos y posgrados en la efervescencia democrática. Este acercamiento no era similar al de los 60-70, pues ahora los nuevos antropólogos sociales no disponían de una formación sistemática y sólida como sus predecesores, ni siquiera podían recordar su producción desde el debate más que de la mistificación. Así, los nuevos antropólogos sociales se vieron privados de desarrollar el diálogo fundacional entre teorías y categorías académicas, y teorías y categorías nativas (Peirano, 1995). Ese diálogo fue suplantado por perspectivas más generalistas, abstractas y frecuentemente normativas.

Los antropólogos que se establecieron en otras academias siguieron caminos muy diferentes, plegándose a, y también renovando las tradiciones académicas de los países anfitriones. Así, por ejemplo, algunos académicos argentinos comenzaron a investigar aspectos característicos de sociedades como la mejicana y la brasileña, interrogándolas desde la lógica argentina, un país sin tradición etno-racista institucionalizada y sin una población rural dominante. Dos casos ejemplares son los de Menendez y su trabajo sobre la medicina folk en Méjico, abrevando en una perspectiva gramsciana que conoció en la Argentina, y Néstor García Canclini, quien aplicó la perspectiva Bourdieuana para estudiar en aquel país, las formidables fiestas y la multiplicidad artesanal, dos temas clásicos de la etnografía y el folklore. Es cierto que a dicho diálogo contribuyeron contextos políticamente estables como el mexicano y el venezolano hasta 1984, y el brasileño aún bajo los epígonos del autoritarismo. Pero para que estos contextos contribuyeran a la consolidación de comunidades científicas nacionales, bibliotecas actualizadas, publicaciones regulares, subsidios para trabajo de campo y equipos de investigación, y un contacto fluido con la comunidad científica mundial, también era necesario, en realidad imprescindible, el reconocimiento

de una tradición antropológica con un tipo específico de saberes *vis-à-vis* el Estado y las demás disciplinas sociales.

Cabe advertir entonces que la mediación – en verdad, la irrupción – de lo político entre la antropología y la sociedad nacional objeto de su conocimiento, terminó definiendo los dos términos de la relación. Para la antropología social esta conversión empezó a plasmarse en 1966,¹⁰ pero se hizo extrema en los siete años del Proceso, forjando la memoria del campo antropológico como la de un campo bipolar. La topadora militar no sólo truncó tradiciones y escuelas, no sólo consolidó el *status quo* antropológico de los 1950 en el reconcentrado y aislado mundo académico central de la Argentina sino que, además, modeló los saberes antropológicos a imagen y semejanza de doctrinas políticas atrincheradas y excluyentes. Y así como la antropología social era descalificada por el *establishment* como “subversiva” o “demasiado sociológica”, la etnología era denostada como retrógrada, antediluviana y reaccionaria.

El efecto de estas identificaciones no podía ser sino dramático porque arrojó, como suele decirse, al bebé con el agua sucia del baño. Temáticas caras a la antropología como “mito”, “ritual”, “cosmovisión”, “religión”, “espacio”, “tiempo” y todo lo relativo a la dimensión simbólica, desarrolladas a su manera por la antropología oficial durante el Proceso, pasaron a un segundo plano y fueron encaradas por personas marginales al nuevo orden. En vez, serían las teorías políticas y sociológicas, fundamentalmente las abocadas a las políticas sociales, las que vendrían a ocupar el lugar de las teorías antropológicas de otros tiempos.

Que esta situación es sentida como una falta lo ponen de manifiesto jóvenes antropólogos y de otras ciencias sociales y de las humanidades, que salen a buscar una formación estrictamente antropológica en maestrías y doctorados del exterior. Su principal receptor es el Brasil (Ratier e Guebel,

10. La “politización” de la academia, entendida como una extrema dependencia e ingerencia en el sistema normativo y valorativo estrictamente universitario, por parte del régimen ocupante del estado, comenzó durante la primera década peronista (1945-1955), y continuó, con sentido contrario, bajo el régimen que le sucedió, autodenominado “Revolución Libertadora”. Esta primera época afectó a la Antropología pero sólo en algunas figuras abiertamente identificadas con el peronismo, como fue el americanista italiano José Imbelloni (Visacovsky, Guber e Gurevich, 1997). La oleada de 1966 fue más extensa y profunda, pero ampliamente superada por la intervención universitaria de 1975, el último año de gestión de la viuda de Perón.

1998),¹¹ pero también los EE.UU., México, Francia, el Reino Unido y los Países Bajos. Pero debemos agregar, además, la organización universitaria argentina que no ha provisto de maestrías en general, y de masters en antropología en particular, hasta los años 1980. Ello implica, entre otras cosas, una dilatada – en verdad dilatadísima – formación de grado, una aproximación más difícil y mucho más tardía a la antropología por parte de graduados en otras carreras, y una formación de postgrado que sólo se consuma en la instancia definitiva, la doctoral; así, los profesores involucrados directamente en la formación de un investigador son mucho más reducidos y de más larga estancia con cada candidato. En este contexto, sólo la Universidad de Misiones ofrece una Maestría en Antropología Social, que entre 1996 y 2001 fue la única opción en ese nivel, contrastando con el centenar de maestrías ofrecidas en ciencias sociales sólo en el área bonaerense. Asimismo, no hay programas sistemáticos de doctorado exclusivamente dedicados a Antropología, excepto nuevamente Misiones desde el año 2000. Y fueron estos postgrados de Misiones los que permitieron, con alguna continuidad y sistematicidad institucional, reunir a jóvenes estudiantes de postgrado con los antropólogos sociales exiliados, y también con profesores extranjeros, principalmente del Brasil. Hoy hay un total de siete licenciaturas y tres maestrías específicas en antropología, dos de las cuales comenzaron a dictarse en 2001.

Esta carencia es sumamente importante porque incide en dos aspectos muy caros a la antropología: el trabajo de campo etnográfico, prolongado e intensivo, y la redacción de etnografías. Si bien es cierto que los antropólogos han recurrido a diversos géneros para comunicar sus investigaciones, la etnografía – la interpretación de un autor acerca de un aspecto de un grupo social o cultural, resultante del análisis de materiales obtenidos de trabajo de campo intensivo y prolongado – ha sido la marca distintiva de la disciplina. En la Argentina, las etnografías modernas y el trabajo de campo antropológico constituyeron una débil tradición que cuando comenzaba a asentarse, fue interrumpida abruptamente en la discontinuidad político-académica. La persecución política resultó pues tanto en exilios internos y externos, como también en la imposibilidad de realizar trabajos en terreno (Vessuri, 1971, 2002) y en la renuencia a publicar los resultados de la investigación, sea por

11. Hasta el 2002 habrían pasado por el Museu Nacional de Río de Janeiro unos 20 posgraduados, y por Brasilia una decena, lo cual se suma a los maestrandos y doctorandos de la Universidad de Campinas y de Río Grande do Sul.

la rápida salida del país, sea por el temor a perjudicar a los sujetos de estudio, o por el temor de las casas editoriales de ser tachadas de “subversivas”.

Tal es así que la mayoría de los trabajos de los primeros antropólogos sociales se publicó en forma de artículos, esto es, sin el detalle minucioso de las largas y densas etnografías. Si bien las tesis doctorales de los antropólogos sociales argentinos y extranjeros fueron, en efecto, excelentes ilustraciones del lúcido trabajo etnográfico, resultante del diálogo entre trabajo de campo intensivo y reflexión teórica, muy pocos se convirtieron en libros cuando fueron escritos. Uno de los pocos ejemplos es la investigación de Archetti y Stolen sobre la economía y familia colona (1975). En cambio, la tesis de Vessuri (1971), una de las últimas que E. E. Evans-Pritchard supervisó en su vida, jamás fue publicada ni en inglés ni en castellano. Diecisiete años (1974-1991) transcurrieron para que la tesis de Bartolomé sobre etnicidad en Misiones se publicara en inglés, y veintidós para que llegara al castellano (2000). Esta dinámica también afectó a los investigadores extranjeros. El estudio sustancioso de Glynn Williams sobre la etnicidad galesa en la Patagonia argentina, se completó en 1975 pero se publicó, sólo en inglés, en 1991; el trabajo de Melhuus sobre los tabacaleros correntinos (publicado en 1987) y el de Scott Whiteford sobre inmigrantes bolivianos a los cañaverales del norte argentino (1981) son dos grandes desconocidos para el lectorado argentino, sean antropólogos, agrónomos, sociólogos rurales o economistas. Como excepción la tesis de Taylor sobre las imágenes míticas elaboradas sobre Eva Duarte de Perón (1979/1981), se publicó en la Argentina más cerca de su edición inglesa, probablemente por tratarse de una temática siempre de moda reavivada por otros autores procedentes de la historia y la literatura.

Lo cierto es que esta carencia dejó a las jóvenes generaciones con pocos modelos para sus propias tesis de licenciatura, maestría y doctorado. Pese a que algunos antropólogos locales han compilado volúmenes sobre distintos temas, son quienes hicieron sus tesis de maestría y doctorado los que ahora están tratando de publicar sus etnografías en la Argentina, con grandes esfuerzos y generalmente pagando de sus bolsillos. Entre tanto, los trabajos actuales sobre la Argentina publicados en Europa y los EE.UU., y que llegan a ser sucesos editoriales, rara vez se traducen y publican en el país (ej. *Masculinities*, de Archetti; *The Decency of Inequality*, de Stolen; *Tango and the Political Economy of Passion*, de Marta Savigliano; *Papertangos*, de Taylor; y el más reciente *Lost Futures* de Arnd Schneider). Esta ausencia no sólo responde al reducido mercado comprador de etnografías

sino también, y quizás más significativamente, a la débil presencia antropológica en la dirección de colecciones editoriales y a la escasa presencia de etnografías en los planes de estudio.

Los antropólogos argentinos solemos presentar nuestro pasado como el fruto de la persecución brutal y la represión política, subrayando, como hice yo aquí, el impacto de la política nacional en el campo antropológico, más que los debates teóricos de la disciplina (Bartolomé, 1980; Herrán, 1985; Madrazo, 1987; Ratier y Ringuélet, 1997). Así, la falta de una antropología social fuerte en la Argentina ha sido atribuida y aún se atribuye a la dictadura y, más recientemente, a la crisis económica, los costos de publicación y los recortes presupuestarios del área educativa, universitaria y científica. Ciertamente, todos estos factores han dañado seriamente a las ciencias sociales en la Argentina, y también a la antropología social, pero ésta ha tenido sus propios obstáculos.

El reconocimiento de la antropología social como una disciplina relevante en las ciencias sociales argentinas no depende sólo de la continuidad de la democracia, sino también, y quizás en mayor medida, de una reapropiación y re-evaluación de sus tradiciones locales, incluyendo los múltiples sentidos que ha revestido “la política” en el desarrollo de la especialidad. Creo que esto hará más fructífero y genuino el diálogo y el consumo de otras tradiciones disciplinares. En efecto, a pesar de los muy diversos temas de investigación – comunidades aborígenes, grupos étnicos, relaciones interétnicas, migración, comunidades científicas, planeamiento urbano, producción rural, género, deporte, movimientos sociales, organizaciones, ecología, política – la mayoría de los antropólogos sociales argentinos que enseñamos e investigamos en ese país no nos percibimos como una comunidad académica integrada por el debate en el tiempo y el espacio. El carácter diaspórico de la antropología social argentina, producto más bien de un tramo limitado de su historia que una marca de nacimiento, sigue obstaculizando la formación de un campo diverso que podría contribuir a hacer de la Argentina un objeto de estudio con sus propias categorías de análisis y problemáticas (Fardon, 1990), así como una lente desde la cual los antropólogos podamos reflexionar sobre nuestro metier.

En este sentido, la diáspora antropológica argentina es tanto espacial como temporal. A la división entre expatriados internos y externos, graduados sin empleo y graduados con varios cargos (y por lo tanto, entre jóvenes doctores sin opción a puestos a los cuales regresar, y profesores asentados

con cargos asegurados), se agrega una discontinua relación con el pasado disciplinar que no nos permite explotar el potencial de la antropología social argentina. Y es que, como señalé en el caso de Menéndez y en tantos otros, la dispersión en la etapa formativa y luego en la etapa profesional y académica, los antropólogos sociales argentinos han encarado el estudio de otras sociedades a veces forzados por las circunstancias, a veces por propia decisión, contradiciendo el principio según el cual las antropologías periféricas se han dedicado exclusivamente a investigar al interior de las fronteras nacionales. Esta “extra-limitación” siempre conllevó la referencia comparativa con la Argentina, tanto con su “comunidad” antropológica como con su sociedad. Más aún, ya relocalizados en otras academias anfitrionas, fueron esos antropólogos quienes se establecieron en otras academias oficiando como puentes con los argentinos que volvieron y con los que se habían quedado.¹²

Ciertamente, esa comunidad diaspórica del desarraigo académico y nacional fue la responsable en gran medida de que, como señalé, el Brasil fuera el principal receptor de estudiantes de postgrado de la Argentina. Desde su perspectiva autónoma y consolidada, creativa, informada y actualizada, no dogmática ni xenófoba, entre las llamadas “antropologías periféricas”, el Brasil ofrece puestos de trabajo, espacios de publicación, subsidios de investigación, profesores viajeros, donaciones bibliográficas e invitaciones a congresos. Desde hace ya bastante tiempo, el Brasil se convirtió en la cara optimista de la antropología argentina, en el impulso que los pos-graduados argentinos en ese país reciben cuando son premiados o cuando son alentados por colegas y profesores, también los argentinos establecidos en ese país, a explorar nuevos y viejos rumbos desde rincones impensados.

12. Guillermo Ruben en UNICAMP, Gustavo Lins Ribeiro – un antropólogo brasileño que trabajó sobre Yacyretá para su tesis doctoral en CUNY, EE.UU. (1991/1999) – y Rita Segato en Brasilia, Federico Neiburg en el Museu Nacional de Río de Janeiro, Beatriz Heredia en el IFICS de la Universidad Federal de Río de Janeiro, Leonardo Figoli en la Universidad Federal de Minas Gerais, y Hugo Ratier, que transcurrió su exilio en Brasil, fueron los anfitriones y nexos principales de los estudiantes argentinos en la nueva etapa.

REFERENCIAS

- ARCHETTI, Eduardo P. 1988. Ideología y Organización de la Ligas Agrarias del Norte de Santa Fé, 1971-1967. Buenos Aires: CEDES, Docum. 14.
- _____. 1999. *Masculinities*. London: Berg.
- _____; STÖLEN, Kristi-Anne. 1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- BARTOLOMÉ, Leopoldo J. 1991[1974]. *The colonos of Apóstoles. Adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in Northeast Argentina*. New York : AMS Press.
- _____. 1980. La Antropología en Argentina: Problemas y perspectivas. *América Indígena*. XL(2):207-215.
- BILBAO, Santiago, 2002. *Alfred Métraux en la Argentina*. Caracas: Editorial Comala.
- BRUNATTI, Olga; COLÁNGELO, María Adelaida; SOPRANO, German F. 2002. Observar para legislar. Métodos etnográficos e inspección del trabajo en la Argentina a principios del siglo XX. In: VISACOVSKY, Sergio; GUBER, Rosana (Comps.), *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- CGAJA (Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas) 1989. Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988). Universidad de Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- FARDON, Richard (Ed.). 1990. *Localizing Strategies. Regional traditions of ethnographic writing*. Edinburgh: Scottish Academic Press; Washington: Smithsonian Institution Press.
- FÍGOLI, Leonardo. 1990. *A ciência sob olhar etnográfico. Estudo da antropologia argentina*. Brasília: Tesis doctoral, Universidade de Brasília.
- _____. 1995. A antropología na Argentina e a construção da nação. In: CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto; RUBEN, Guilherme R. (Orgs.). *Estilos de Antropologia*. Campinas: Unicamp. p. 31-63.
- GARBULSKY, Edgardo. 2000. Historia de la antropología en la Argentina. TABORDA, Mirtha (Comp.). *Problemáticas antropológicas*. Rosario, Laborde editor.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. 1982. *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Editorial Nueva Imagen.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex. 2000. Tiestos dispersos. *Voluntad y azar en la vida de un arqueólogo*. Buenos Aires: Emecé.
- GUBER, Rosana; VISACOVSKY, Sergio E. 1998. Controversias filiales. La imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXII-XXIII : 25-54. SAA, Argentina.
- GUREVICH, Estela; SMOLENSKY, Eleonora. 1988. *La antropología en la Argentina 1973-1983*. Informe de investigación: Universidad de Buenos Aires. Manuscrito.

“ANTROPOLOGÍA SOCIAL”

- HERMITTE, Esther. 1972. Ponchos, weaving and patron-client relations in Northwest Argentina. In: STRICKON, Arnold; GREENFIELD, Scott (Eds.). *Structure and Process in Latin America*. Santa Fé: University of New Mexico Press. p. 159-177.
- _____.; HERRÁN, Carlos. 1970. ¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 2:293-317.
- _____. BARTOLOMÉ, Leopoldo J. (Comps.). 1977. *Procesos de articulación social*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- _____. CARRERA, Nicolás Iñigo; ISLA, Alejandro. 1996. *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la Provincia del Chaco y políticas para su integración a la sociedad nacional*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.
- HERRÁN, Carlos A. 1985. Antropología social en la Argentina: apuntes y perspectivas. *Simposio sobre teoría e investigación de la antropología Social Mexicana*. El Colegio de México. Mayo, 11-14.
- LAZZARI, Axel. 2002. El Indio Argentino y el discurso de cultura: del Instituto Nacional de la Tradición al Instituto Nacional de Antropología. In: VISACOVSKY, Sergio; GUBER, Rosana (Comps.). *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- MADRAZO, Guillermo B. 1985. Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, 1:13-56.
- MELHUUS, Marit. 1987. *Peasants, surpluses and appropriation. A case study of tobacco growers from Corrientes*. Oslo: University of Oslo. Occasional Papers in Social Anthropology n° 11.
- PEIRANO, Mariza G. S. 1995. *A favor da etnografia*. Río de Janeiro: Relume Dumará.
- RATIER, Hugo. 1971a. *Cabecita negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____. 1971b. *Villeros y Villas Miseria*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- _____.; GUEBEL, Claudia F. 1998. *Las antropologías argentina y brasileña según algunos testimonios: exilios, tránsitos y permanencias*. Buenos Aires: Inéd.
- _____.; RINGUELET, Roberto R. 1997. La antropología social en la Argentina: un producto de la democracia. *Horizontes Antropológicos*, 3(7):10-23. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- RIBEIRO, Gustavo Lins 1991. *Empresas transnacionais. Um grande projeto por dentro*. São Paulo: ANPOCS; Editora Marco Zero. Versión castellana: *La Represa de Yacyretá. Capitalismo transnacional y política hidroenergética en la Argentina*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones, 1999.
- SAVIGLIANO, Marta E. 1995. *Tango and the political economy of passion*. Boulder, Colorado: Westview.
- SCHNEIDER, Arnd. 1996. The two faces of modernity. Concepts of the melting pot in Argentina. *Critique of Anthropology*, 16(2):173-198.

- _____. 2000. *Futures Lost. Nostalgia and identity among italian immigrants in Argentina*. Bern: Peter Lang.
- STÖLEN, Kristi-Anne. 1996. *The decency of inequality*. Oslo: Scandinavian University Press.
- TAYLOR, Julie M. 1981. *Evita Perón. Los mitos de una mujer*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano. Edición norteamericana: The University of Chicago Press, 1979.
- _____. 1998. *Papertangos*. Durham and London: Duke University Press.
- VERDERY, Katherine. 1991. *National ideology under socialism. Identity and cultural politics in Ceausescu's Romania*. Berkeley: University of California Press.
- VERMEULEN, Han F.; ALVAREZ ROLDÁN, Arturo (Eds.). 1995. *Fieldwork and Footnotes. Studies in the history of European anthropology*. London: Routledge.
- VESSURI, Hebe M. C. 1971. *Land tenure and social structure in Santiago del Estero, Argentina*. Oxford: University of Oxford, Linacre College.
- _____. 2002. La observación participante en Tucumán 1972. In: VISACOVSKY, Sergio; GUBER, Rosana (Comps.). *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia. Publicado originalmente en *Revista Paraguaya de Sociología*.
- _____; BILBAO, Santiago. 1976. Campo de Herrera, Tucumán. The first cooperative for agricultural work in Argentina, five years after its creation. En: NASH, June; HOPKINS, Nancy; DANDLER, Jorge. (Eds.). *Popular participation in social change. Cooperatives, collectives, and nationalised industry*. Netherlands-France: Mouton: 211-231.
- VILLALÓN, Adriana M. 1999. Políticas inmigratorias en la Argentina de los '40. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, VII(VIII):31-50.
- VISACOVSKY, Sergio E. 2002. Santiago Bilbao y el folklore como el pasaje a una antropología de la gestión estatal, *Etnía* 45. Universidad Nacional del Centro – Eudeba, Internet edition. [In: VISACOVSKY, Sergio; GUBER, Rosana (Comps.). *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia].
- _____; GUBER, Rosana; GUREVICH, Estela. 1997. Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes*, 10(4): 213-258. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- WHITEFORD, Scott. 1981. *Workers from the North. Plantations, Bolivian labor, and the city in Northwest Argentina*. Austin: University of Texas Press.
- WILLIAMS, Glynn. 1991. The Welsh in Patagonia. *The state and the ethnic community*. Cardiff: University of Wales Press.